LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. — NUM. 15.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas

EDICION ECONOMICA.

Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.

No se venden números sueltos.

Sumario.—Manteleta rusa.—Bolsillo al crochet.—Fichú de tul con mangas.—Zagalejo de lana, punto de aguja y crochet.—Alfabeto de realce.—Taburete chino.—Cenefa para trages y zagalejos.—Cordon de campanilla hecho de cuentas.—La cruz del valle.—Las dos perlas.—La cuna vacía.—No lo sé.—El homicida: episodio histórico.—Revista de Cádiz.—Figurin iluminado.—Problema de ajedrez.

Manteleta rusa.

Nada hay mas gracioso que esta manteleta drapeada para salir de un baile ó de un teatro. Nuestro modelo se hace de una especie de franela-tártaro encarnada con granitos de relieve. Su orla se ejecuta con galon negro de seda y esterilla de oro fina. Largos cordones de seda encarnada, terminados por borlas, se fijan delante, se echan hácia atrás, y se reunen por un pasador en forma de bola. En el extremo de la capucha se coloca una borla.

MANTELETA RUSA, VISTA DE FRENTE.

Bolsillo al crochet.

MATERIALES.—32 gramos de torzal de seda punzó, un poco de la misma seda negra, dos argollas de acero talladas.

Se toma la seda encarnada, se hace una cadeneta de 6 puntos y se reune el último al primero; sobre este círculo se hacen 3 puntos sencillos en cada punto; esta 2.ª vuelta se compone, por consiguiente, de 18 puntos.

3.ª *vuelta.* — Se toma tambien la seda negra, y se hacen alternativamente un punto negro y dos encarnados; estos 2 últimos se hacen en un solo punto; la vuelta tiene por tanto, 27 puntos.

4.ª y 5.ª *vueltas.* — Como la anterior. En la 5.ª se crece un punto sobre los dos encarnados.

6.ª *vuelta.* — * 2 puntos negros en el primero negro de la vuelta anterior, — 3 encarnados sobre los 3 encarnados. Vuélvase á empezar desde *.

MANTELETA RUSA.

Acompaña á este número un suplemento, el cual es una gran hoja de patrones, correspondiente al mes de marzo.

© Biblioteca Nacional de España

7.ª, 8.ª y 9.ª *vueltas.*—Como la 6.ª. En la 9.ª se crece un punto entre los encarnados.

10. *vuelta.*—* 3 puntos negros sobre los 2 negros; —4 encarnados sobre los 4 encarnados. Vuélvase á *.

11, 12, 13, y 14 *vueltas.*—En estas 4 se hacen 3 puntos negros sobre los 3 negros; en las 12 y 14 se crece un punto entre los encarnados, de modo que en esta 14 se hacen 6 puntos encarnados seguidos.

15 y 16 *vueltas.*—Como la 14, pero en vez de 3 puntos negros se hace 1 negro, —1 encarnado,—1 negro.

17 *vuelta.*—En el primer punto negro 2 negros, —sobre el encarnado otro encarnado, —en el siguiente, 2 puntos negros,—y siempre 6 encarnados sobre los 6 encarnados.

18 *vuelta.*—Siempre un punto negro en el último de los 6 encarnados,—1 negro en el 1.º de los dos siguientes,—3 encarnados, el 2.º de los cuales se encuentra sobre el encarnado aislado de la vuelta anterior,—2 puntos negros, el 2.º de los cuales se encuentra sobre el 1.º de los 6 encarnados,—4 encarnados,—asi sucesivamente.

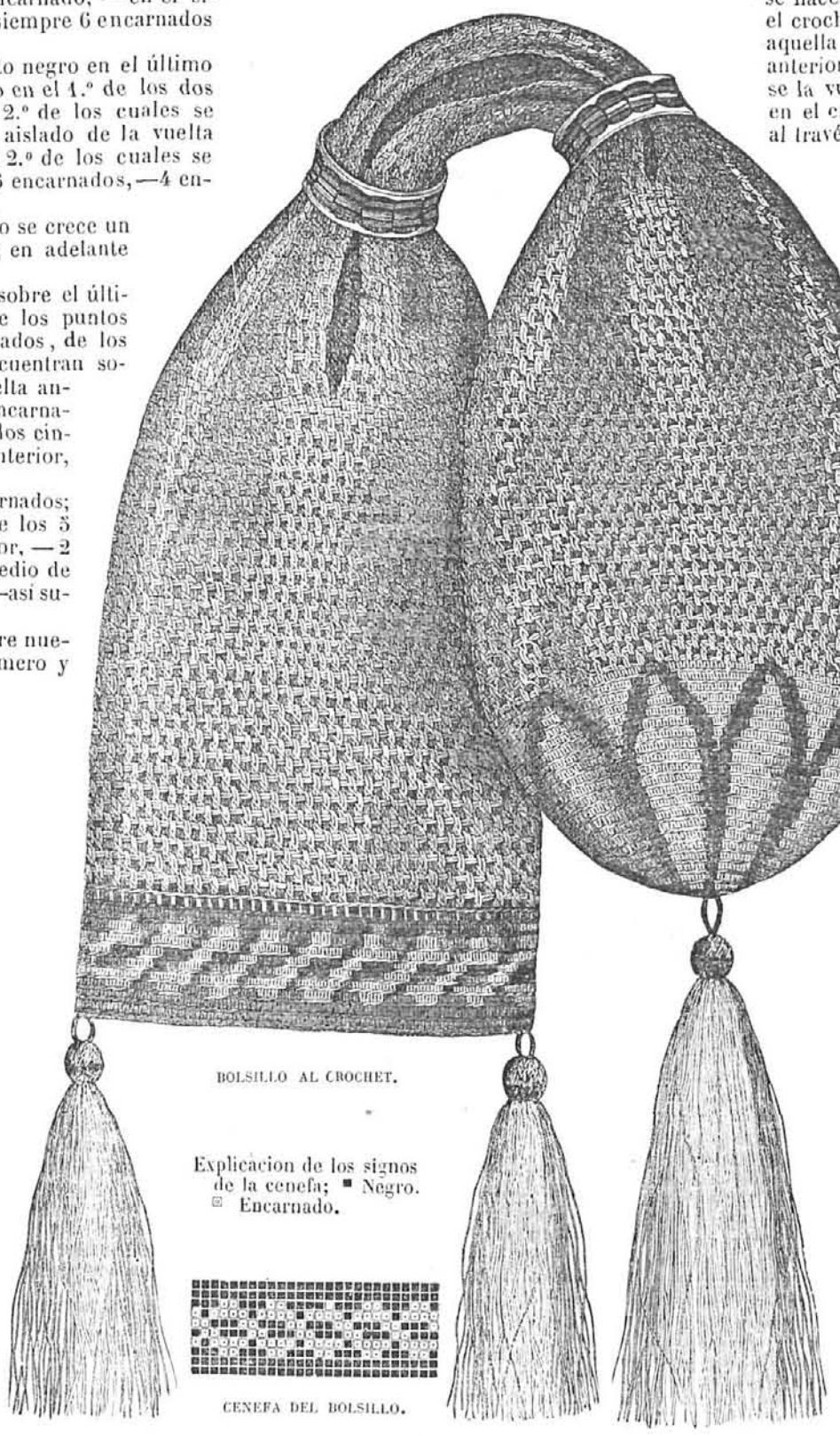
19 *vuelta.*—Como la 18; pero se crece un punto entre los 4 encarnados; en adelante ya no se crece.

20 *vuelta.*—1 punto negro sobre el último de los encarnados y sobre los puntos negros siguientes, —5 encarnados, de los cuales los 3 del medio se encuentran sobre los 3 encarnados de la vuelta anterior;—2 puntos negros,—3 encarnados sobre los 3 del medio de los cinco encarnados de la vuelta anterior, —asi sucesivamente.

21 *vuelta.* —7 puntos encarnados; los 5 del medio siempre sobre los 5 encarnados de la vuelta anterior, —2 negros,—1 encarnado en el medio de los 3 encarnados,—2 negros,—asi sucesivamente.

22 *vuelta.*—Se hacen siempre nueve puntos encarnados, el primero y el último de los cuales se colocan sobre uno negro; los 7 del medio sobre los 7 encarnados de la vuelta anterior;—3 negros;—asi sucesivamente.

23 *vuelta.*—En ella termina la estrella negra; se hace siempre un punto negro sobre el medio de los 3 negros, —11 encarnados,— así sucesivamente. Se corta la hebra, despues de haberla asegurado en los 11 últimos puntos, y se hacen con la seda encarnada 30 vueltas compuestas de bridas encontradas, esto es, 1 punto en el aire y una brida; en la 1.ª vuelta cada brida se hace sobre el punto entero, por bajo del cual se pasa el crochet; en las otras vueltas la brida se coloca sobre el punto en el aire,—este encima de la brida. — Se hacen en seguida 2 vueltas compuestas de un punto en el aire y 1 sencillo alternativamente; — los puntos sencillos se hacen encontrados como lo fueron las bridas. —Desde el fin de esta 2.ª vuelta se labran del mismo modo otros 27 puntos,—despues, para el resto de la vuelta, se vuelve á tomar el sistema anterior, esto es, 1 punto en el aire y 1 brida. Desde el fin de esta vuelta se empieza á formar la abertura del bolsillo, y se hacen 30 vueltas de ida y vuelta, compuestas de bridas encontradas. En la última de estas vueltas se vuelve la labor, y desde el medio se hacen alternativamente 1 punto en el aire y otro sencillo hasta el pliegue del lado del bolsillo. Se ejecutan otras dos vueltas del mismo modo, las cuales, como la anterior, cierran la abertura. Se hacen luego 28 vueltas en redondo, compuestas de bridas encontradas, y despues se principia la cenefa que termina el borde cuadrado; se la hace toda de puntos sencillos, con arreglo al dibujo especial: se reunen en seguida los dos lados de la cenefa por una vuelta de puntos apretados, que cierra el lado cuadrado. Tres borlas, hechas con seda encarnada y negra, guarnecen el bolsillo; la mayor está puesta en el medio de la estrella negra.



BOLSILLO AL CROCHET.

Explicacion de los signos de la cenefa; ■ Negro. ⊡ Encarnado.

CENEFA DEL BOLSILLO.

Fichú con mangas.

Nuestro modelo se hace de tul negro con dibujos; los adornos se ejecutan con cinta estrecha de terciopelo negro, asegurada con cruces de torzal blanco de seda. La guarnicion se compone de un encage negro de 5 centímetros de ancho, realzado por una tira de tul negro de 2 centímetros de ancho; esta tira se repliega gradualmente hácia las puntas del fichú, y en este sitio el encage aparece solo. La manga, corta y plana, es de tul, se la cubre con dos bullones, se la guarnece con un ancho volante de tul, adornado y orlado como el fichú. El escote se guarnece con un rizado de encage negro y un lazo de cinta de terciopelo negro y filetes blancos.

Zagalejo de lana (punto de aguja y crochet).

MATERIALES.—Lana blanca dulce; aguja de madera.

El punto de aguja se compone de tiras separadas, hechas á lo largo unas, y otras atravesadas, punto con punto.

Para cada tira horizontal se arman 24 puntos, y se trabaja de ida y vuelta; se levanta siempre el primer punto de cada vuelta. Sin hacerlo, primeramente se hace 1 vuelta al derecho y otra al revés,—luego alternativamente 2 al derecho 1 al revés; por este procedimiento, siempre repetido, se forman las listas salientes, que tienen 3 vueltas de ancho, asi se continúa, hasta que la tira tenga el alto que se quiere dar al zagalejo; luego se desmonta muy apretado. Si se quiere estrechar la parte superior, se disminuye el ancho de cada tira hácia ese sitio.—Las tiras perpendiculares que forman listas se hacen como las anteriores, pero en el otro sentido, por tanto se arma el número de puntos necesarios para el largo del zagalejo; se hacen 3 listas de relieve, dos en hueco, y se desmonta ni mas ni menos apretado que la estuvo al principio.

Cuando se han reunido las diferentes tiras, se ejecuta al crochet la cenefa del borde inferior.

1.ª *vuelta.*—Sobre este borde se hacen alternativamente 1 punto sencillo y 1 en el aire; por bajo de este último se pasan 2 puntos cuando se trabaja en el borde de las tiras horizontales, y 3 ó 4 cuando es en el de las perpendiculares.

2.ª á 4.ª *vueltas.*—Cada una de estas tres vueltas se hace del modo siguiente: * Se toma la hebra en el crochet, como para una brida comun; se pasa aquella al través del punto en el aire de la vuelta anterior; se vuelve á tomar la hebra en el crochet, se la vuelve á sacar á través del mismo punto; hay en el crochet 5 puntos; se pasa la hebra á la vez al través de los 5 buclecillos y se hace como para terminar una brida, — luego un punto en el aire. Se vuelve desde *.

5.ª *vuelta.* —En cada punto uno sencillo, picando el crochet detrás del punto.

6.ª *vuelta.*—Esta forma las puntas de la cenefa. En el punto mas próximo de la vuelta anterior se hace uno sencillo,—luego * 5 en el aire,—1 brida en el 2.º de los dichos 5 puntos,—1 doble brida en el 1.º de estos puntos en el aire,—1 punto sencillo en el 4.º de la vuelta anterior, pasando por cima de 3 de esta vuelta.—Vuélvase á *.

El borde superior del zagalejo se pliega, luego se le arma en una pretina de 3 á 4 centímetros de ancho, hecha al crochet con puntos sencillos muy apretados; la pretina se cierra con corchetes.

Alfabeto de realce.

Este alfabeto servirá para pañuelos sencillos, ropa blanca, manteles y servilletas; en este último caso, despues de haber ejecutado las letras con algodon blanco, se rodea con un pespunte de algodon azul; para pañuelos de luto este pespunte se hará con seda negra.

Taburete chino.

Este modelo original se compone de 3 tablas cuadradas, puestas las unas encima de las otras, á una distancia de 15 centímetros; dos de ellas tienen 35 centímetros de lado; la del medio solamente 23. Estas tablas se reunen unas con otras por medio de ocho tabiquillos muy ligeros, que hasta pueden hacerse de carton muy fuerte. La tabla de debajo se forra de percalina oscura ó tela de lana basta; la de arriba se guarnece con un cogin plano.

Se cubre este taburete ya con tapicería, ya con paño oscuro, adornado con sobrepuestos de paño de colores vivos, cuyas principales disposiciones reproduce nuestro dibujo y que pueden variarse al infinito. El fondo mismo del taburete puede ser de muchos colores; así el cogin se compone de cuatro partes, dos de paño azul turquí; las costuras que reunen estas partes se cubren con una tira de paño blanco recortada por ámbos bordes con el sacabocados, y adornada con un salpicado ejecutada á punto ruso con sedas de colores. Los cuatro lados llevan festones hechos con cordon grueso de lana; el primer feston es blanco, el 2.º encarnado, el 3.º amarillo, el 4.º azul. Estos festones están sujetos por botones planos de madera, forrados de paño negro, y adornados con una estrella ejecutada con seda de color vivo; de estos botones penden unas borlas.

Cenefa para trages y zagalejos.

Se ejecuta esta cenefa con cinta muy estrecha de terciopelo negro; los botones son de acero, si la cenefa se destina para un zagalejo; de pasamanería negra si para un trage. Este dibujo puede tambien servir para vestidos de niños.

© Biblioteca Nacional de España

Cordon de campanilla.

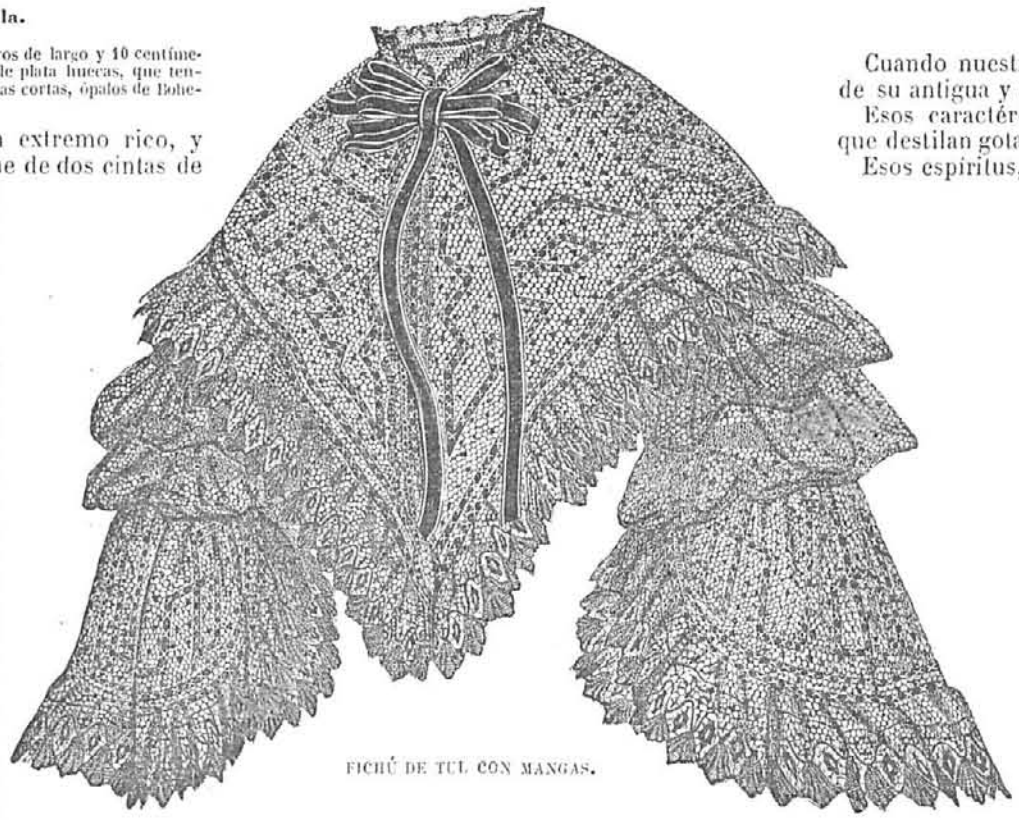
MATERIALES.—Una tira de canevas de 2 metros de largo y 10 centímetros de ancho; 32 gramos de cuentas largas de plata huecas, que tengan 2 centímetros de largo; 2 mazos de cuentas cortas, ópalos de Bohemia; hilo blanco muy fuerte.

Este cordon es de un efecto en extremo rico, y muy fácil de ejecutar. Se compone de dos cintas de mosáico de cuentas, cuyo tamaño natural reproduce un dibujo; estas cintas se hacen separado, y luego se las dispone sobre el canevas.

Cinta de mosáico. — Dejando aparte el borde calado que se ejecuta con cuentas cortas, se hace esta cinta del modo siguiente: se ensarta una cuenta corta, — una larga,—2 cortas; se lleva el hilo á través de la cuenta larga hácia atrás; se ensarta una cuenta corta, se anuda el hilo con el cabo en que está la primera cuenta ensartada, se le conduce á través de la última que se ensartó; se ensarta una cuenta larga, se pasa el hilo por la cuenta corta que se halla en el lado opuesto, de modo que dos cuentas largas se coloquen una junto á otra. Se ensarta de nuevo una cuenta corta, se pasa el hilo por la última larga ensartada hácia atrás, se ensarta una corta; para esto se pasa la aguja por debajo del hilo que va, en el borde externo, de una cuenta corta á la inmediata; despues se dirije este hilo á través de la última cuenta ensartada; el hilo forma así una especie de cadeneta en el borde exterior de las cuentas, mientras que en el borde opuesto semeja una costura á punto atrás.

Despues de hechas de este modo dos cintas que tengan el largo del canevas, se labran los dos bordes calados con cuentas cortas, tales como nuestro dibujo lo indica claramente. Se dobla el canevas por ámbos lados, de modo que la tira no tenga mas que 6 centímetros de ancho; en los bordes se cosen las cintas, pero no tocándose sino en el espacio de 6 centímetros, luego se separan, excediendo por cada lado del canevas, de modo que dejen un hueco ovalado de 29 centímetros de largo por 4 de ancho en su parte media. Las cintas de mosáico se reunen de nuevo en un espacio de 6 centímetros, despues se vuelven á separar en un espacio que esta vez tiene el mismo ancho que la anterior, pero solo 18 centímetros de largo; así se continúa, haciendo alternativamente un hueco mas largo y otro menos largo.

En los espacios vacíos se coloca follage, frutas, flores artificiales, ó tambien, si se quiere, flores de lana, cuyos modelos hemos publicado en el curso del año de 1863.



FICHÚ DE TUL CON MANGAS.

LA CRUZ DEL VALLE.

NOVELA

POR D. EDUARDO S. FATIGATI.

(Continuacion.)

No acertaríamos á bosquejar, aunque dispusiésemos de un pincel tan brillante como el de Rafael, las mil pasiones que en un solo instante dibujó el rostro demudado de Adela al escuchar aquella terminante manifestacion.

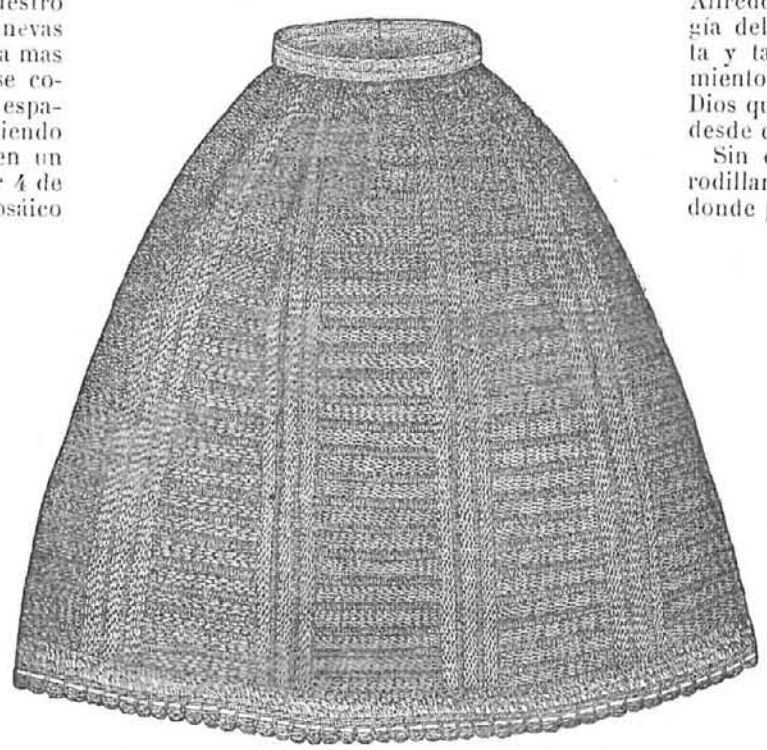
Quiso hablar y no pudo: quiso llorar y no salieron lágrimas á sus ojos; por fin conociendo que se desmayaba tiró con fuerza del cordon de la campanilla, y cayó sobre su sillon de peinarse.

— ¿Quieres escándalos? dijo entonces Alfredo con ira reconcentrada; pues sea en buen hora.

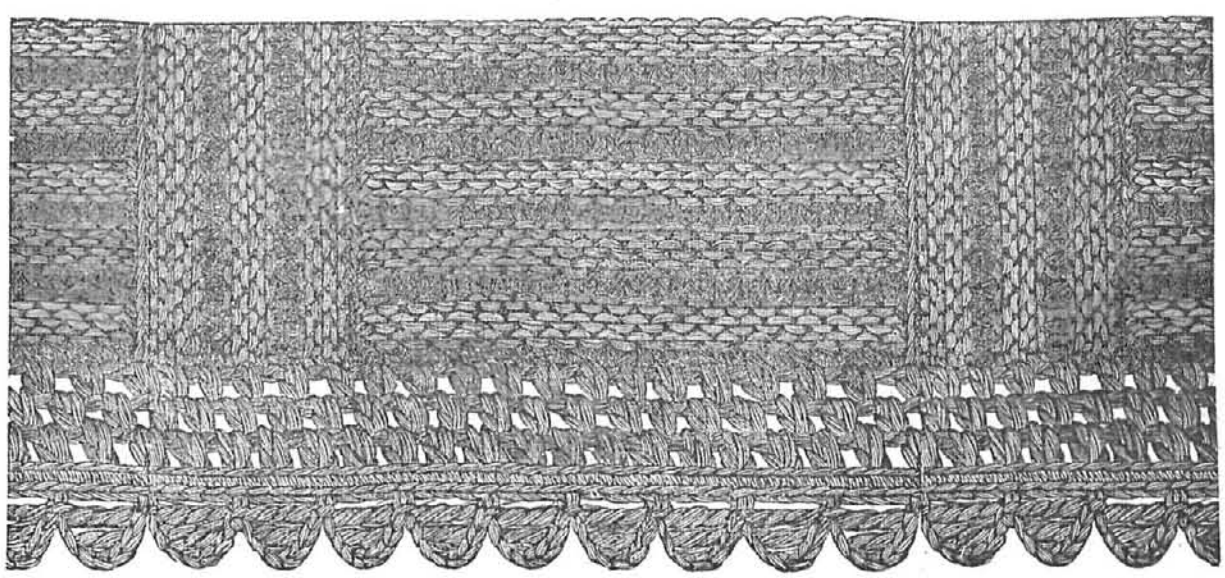
Y en tanto que la madre acudia, que enterada del caso lloraba y llamaba infame á su sobrino, y que los amigos iban y venian y que todo era confusion y desórden, Alfredo atravesaba con paso firme las habitaciones, con el sombrero puesto y sin parecer que participaba de aquella confusion y entrando, decia con brusco acento al cochero:

—A la estacion del ferro-carril del Norte.

Hora y media despues, Alfredo lleno de emocion pisaba los umbrales de la modesta casa de Rosa.



ZAGALEJO DE LANA.



LABOR DEL ZAGALEJO DE LANA (MITAD DEL TAMAÑO NATURAL).

XIV.

Cuando nuestro protagonista entró en la alcoba de su antigua y amada niña, esta casi agonizaba.

Esos caractéres, reconcentrados en sí mismos, que destilan gota á gota las penas en su corazon;

Esos espíritus, avaros de sus dolores, que no buscan su consuelo en el llanto, ni en la amistad de otras almas, mueren muy pronto:

Porque desconociendo la bondad que siempre atesora el hombre para las horas de la afliccion, no participan de la grandeza y de la esperanza que encierran aquellas palabras de Jesus:

«Amaos los unos á los otros.»

Y como el deseo de realizar ese bellísimo precepto es inseparable de la naturaleza humana, el ser que no puede dar forma material á ese deseo, sufre, si nos es permitido decirlo así, dos dolores en cada dolor; un dolor directo y un dolor reflejado. Alfredo entró en la estancia tembloroso como quien se siente culpable, con paso tímido, como si fuese autor de un crimen y descubierta y baja la cabeza.

La escena era imponente.

Rosa incorporada la cabeza sobre las almohadas y vuelta de espaldas á la puerta, procuraba sonreir á su anciano padre, que al lado de la cama, teniendo una mano de su hija entre las suyas, para darla el calor que ya la iba faltando, y regando sus megillas con lágrimas silenciosas que procuraba ocultar entre sus labios, la dirigia palabras de esperanzas que no abrigaba su cabeza ni su corazon.

Al observar aquel triste pero bellísimo cuadro, en el que su presencia iba á causar una revolucion, Alfredo volvió á ser bueno, amó con toda la energía del primer amor, á la pobre niña tan entusiasta y tan bella: dos lágrimas de tardío arrepentimiento nacieron de sus ojos, y en voz baja rogó á Dios que salvase aquella existencia, á la que queria desde entonces consagrar su vida entera.

Sin darse cuenta de sus actos, Alfredo fué á arrodillarse silenciosamente al otro lado de la cama, donde pendia la otra mano de Rosa, y á imitacion de su padre, la besó con frenesí.

Aquel beso ardiente despertó los recuerdos de Rosa.

Incorporóse velozmente en el lecho, y al ver á su antiguo amante, una sonrisa de felicidad vagó por sus labios descoloridos. No se inquietó, ni su fisonomía manifestó asombro alguno. La pobre niña se creia ya sin duda juguete del sueño de la muerte.

El padre por el contrario se levantó erguido y terrible y con voz lenta y concentrada dijo á Alfredo:

—¿Qué busca V. en esta morada de la muerte?

El jóven balbuceó un «perdon» apagado, y al mismo tiempo la moribunda dirigió á su padre tan expresiva mirada, que el bondadoso anciano no se atrevió á lanzar de aquel sitio al que todavía podia dar un momento de felicidad á su hija.

—¡Es él! dijo Rosa con voz apagada; aun le veo por la última vez; gracias, Dios mio!

—No, Rosa mia; no me ves por última vez; hemos de estar juntos ya hasta la muerte.

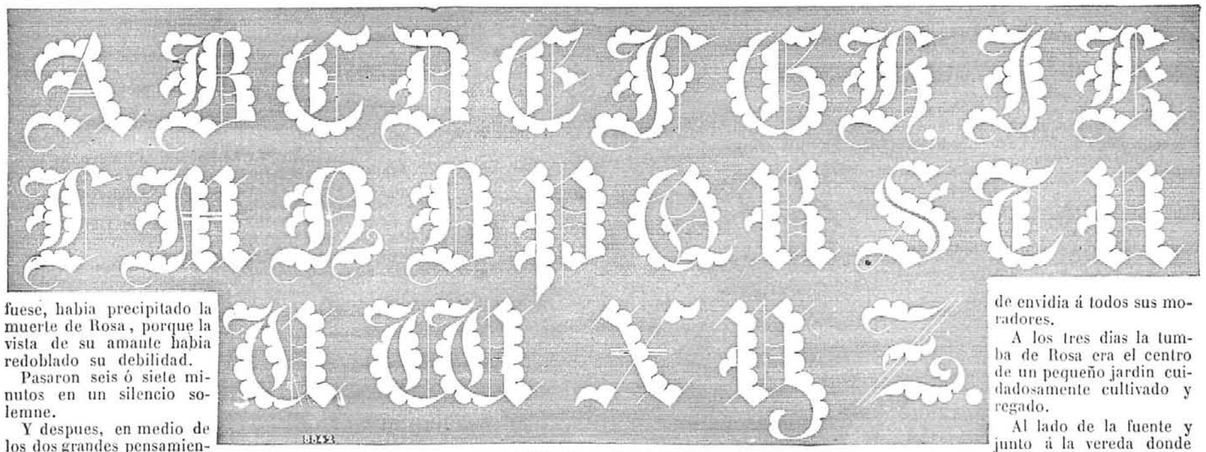
—Sí, hasta la muerte, repitió la pobre niña con lastimero acento.

Una nueva y sombría mirada del anciano, le recordó que aquellos momentos no debian ser profanados por ninguno y menos por él.

Calló y se limitó como el padre á besar aquella mano, y á llorar, como no habia llorado desde los quince años.

Pero aquella emocion, por pequeña que

© Biblioteca Nacional de España



ALFABETO DE RELIEVE.

fuese, habia precipitado la muerte de Rosa, porque la vista de su amante habia redoblado su debilidad.

Pasaron seis ó siete minutos en un silencio solemne.

Y despues, en medio de los dos grandes pensamientos de su vida y acompañada por sus lágrimas Rosa dejó volar su alma al cielo con la sonrisa en los labios.

El espíritu se habia separado del cuerpo sin esfuerzo alguno.

El último rayo del sol que se ocultaba tras de las montañas vino á posarse sobre el frio rostro de la jóven.

Y reflejando su dorada luz sobre sus rubios cabellos, la rodeó con una aureola de fuego.

La campana del pueblo empezó á tocar lentamente: era la hora del rosario.

Y el gilguero favorito de Rosa mezcló su armonioso canto al imponente tañido de la campana.

No representaba aquel cuadro la muerte, sino el principio de la nueva vida.

Alfredo acercó su rostro al de su amada sin besarla y lloró.

El anciano, arrodillado como antes junto al lecho, pronunciaba palabras incoherentes.

Fué menester sacarle de aquel lugar, despues de la última despedida, y Alfredo cumplió fielmente aquel deber.

El padre con el acento de la desesperacion, le dijo al salir del aposento:

—Esa es la obra de V.; ya está terminada.

Y el amante no respondió.

Pero un momento despues volvió á jurar sobre el cadáver de la virtuosa niña que su recuerdo habia de ser eterno en su corazon, y suplicó á Dios que fuese el último de su vida.

Y llorando, pero consolado con aquel cuadro de la virtud, Alfredo veló el cadáver de Rosa, durante toda la noche.

XV.

Al dia siguiente á la caida de la tarde, cinco personas subian un pendiente repecho que empezaba muy cerca de la fuente que hemos descrito al principio de esta sencilla historia.

Cuatro de ellos sostenian un lecho ó parihuela, sencilla y pintada de negro; pero cubierta con un velo blanco.

El quinto era Alfredo que pálido y desencajado por el dolor y los remordimientos caminaba detrás á corta distancia.

El pobre padre habia pasado la noche y el dia delirando y en medio de sus desordenadas frases solo se entendia con claridad el nombre de su hija.

*Por esta razon, no se habia participado oficial*mente á los vecinos del pueblo el fallecimiento de Rosa, y por esa razon quizás ninguno la acompañaba.

A través del blanco velo que cubria á la pobre niña, aparecian sus facciones amarillentas, pero no contraidas; sus blancas y diminutas manos, cruzadas fuertemente sobre el pecho; su cabellera tendida y todavía brillante; su blanco y sencillo vestido de vírgen, y su ajada corona de siemprevivas.

Dos ó tres veces descansó el cortejo antes de llegar á lo alto de la colina.

La última los sepultureros bebieron agua en el limpio arroyuelo que mas abajo formaba la fuente.

A pocos pasos estaba el cercado con la insignia de la cruz que en todos nuestros pequeños pueblos representa el cementerio.

Cosa extraña! Rosa iba destrozada por el dolor á buscar el manantial del sitio donde habia gozado los únicos momentos de felicidad de toda su vida.

Y sin embargo, la humanidad busca siempre el manantial en las fuentes para beber mas pura el agua: el manantial en los placeres para disfrutarlos por mas tiempo.

Quizá Rosa habia encontrado demasiado amarga el agua de aquella fuente y para encontrarla dulce subia mas; mucho mas.

Al poco rato resonaron los melancólicos y dulces cantos fúnebres con que el mundo se despide de nosotros para siempre.

La tierra recibió el cuerpo qué la estaba destinada, y el azadon del sepulturero empezó á obrar.

Alfredo seguia con avidez sus movimientos.

Mucho rato permaneció leyendo en aquella tierra la última página del breve libro de sus amores.

Pero al fin se fué. . . . . .

Y volviendo á nacer en su alma el impulso de su exagerado orgullo, y herido en él por la indiferencia que el pueblo habia mostrado en la muerte de su mas hermosa y mas pura hija, juró hacer morir de envidia á todos sus moradores.

A los tres dias la tumba de Rosa era el centro de un pequeño jardin cuidadosamente cultivado y regado.

Al lado de la fuente y junto á la vereda donde nuestro héroe vió por primera vez á la desventurada jóven, se improvisó otro pequeño jardin, en cuyo extremo se veia una sencilla cruz de madera con esta inscripcion.

«A Rosa: su amante.»

Y á su vuelta á la córte, y *dando por pretexto* no sé qué motivos políticos y electorales, Alfredo exigió de los amigos que no le habian abandonado desde el escándalo ocurrido en casa de su prima, que agotasen su imaginacion, para hacer en el pueblo de... unos funerales dignos de un príncipe, si la hija del consecuente patricio Don... que acababa de morir en la flor de su edad.

XVI.

Habian pasado ocho dias desde el entierro de Rosa.

La campana mayor del pueblo tocaba solemnemente á muerto.

Y la Iglesia estaba cubierta completamente de negro tapices con anchos galones dorados.

Un rico túmulo traido de la corte se alzaba magestuosamente en su centro.

Y centenares de hachas y flameros le rodeaban, colocados artísticamente.

Los amigos de Alfredo satisfacian con exceso sus deseos.

El funeral de Rosa era una maravilla en aquel pueblo de cien vecinos.

Pero gracias á los buenos recuerdos que habia dejado en el pueblo la difunta, hubo necesidad de esforzarse mucho para que no resultasen ciertos ahorros.

El campanero queria tocar gratis las campanas.

Los sepultureros, encargados de arreglar el túmulo, se resistian á percibir la cantidad que se les tenia destinada y solo aceptaban un sencillo almuerzo.

El párroco, atendiendo á la excelencia de aquella familia, fué el único que consiguió no percibir mas que la mitad de los derechos parroquiales.

Por otra parte, solo se permitió sentarse en las sillas dispuestas al efecto á los que traian esquelas de convite.

Pudo conseguirse que cantase en el oficio y en la misa un celebérrimo tenor italiano, cuyas prodigiosas facultades le valieron mil enhorabuenas en el almuerzo.

(*Se continuará.*)

LAS DOS PERLAS.

(Continuacion.)

Acabóse por último de tranquilizar y se sentó sobre la verde yerba. A sus espaldas crecia un rosal de Gueldres que extendia sus ramas flexibles, á cuyo extremo colgaban flores blancas como la nieve que esparcian sus perfumes en derredor de la princesa. Cojió esta una rosa, y dijo llena de melancolía:

—Rita, mas quisiera que esta flor adornara mis cabellos, que la corona que me espera.

—¡Cómo, señora! exclamó la camarista, una corona imperial...

—Sí, prosiguió la princesa, mas me gusta esta pobre flor tan blanca y tan endeble; tú, Rita, no la querrias en lugar de tu corona ducal...

La camarista tomó otra rosa, se la puso por un momento en el pelo, y despues la tiró meneando la cabeza con un gesto de orgullo y coquetería infantil. Sonrióse amargamente la princesa, y dijo:

—Mi hermosa duquesa de Sandoval, ¿quién es el afortunado caballero á quien piensas dar el sombrero de grande de España, y el derecho de cubrirse delante del rey?

—Suplico á V. A. que crea que todavía no sé nada de semejante cosa, respondió la camarista sonrojada; ni siquiera me he puesto á pensar una vez en ello... ¡me encuentro tan feliz sin señor ni dueño!

—Sí, Rita, tú eres feliz, mas feliz que yo, dijo entre dientes la princesa, apoyando su cabeza fatigada en la espalda de la camarista: en esta disposicion se quedaron enlazadas é inmóviles como las estátuas de mármol que adornaban los jardines.

Una tierna amistad unia los corazones de estas dos jóvenes, de las cuales la una habia nacido en el trono, y la otra era de una de las mas nobles familias españolas; sus caractéres formaban sin embargo un contraste perfecto, y tal vez esta era la sola razon que tenian para quererse con tanta sinceridad. Doña Isabel Sandoval, única heredera de una de las casas mas antiguas de la monarquía, era una jóven hermosa, alta, de ojos negros y de tez española; la sonrisa no desaparecia nunca de sus agraciados labios; no sabia lo que eran lágrimas, y solo habia experimentado placeres en un mundo donde la casualidad, la habia colocado en un lugar tan elevado; tenia el risueño mirar de un niño, y las pasiones no habian estampado ninguna arruga precoz en su frente de veinte años. Huérfana desde la cuna, y camarista de la infanta, nunca habia salido de palacio, é ignoraba asi cuanto pasaba fuera del espléndido horizonte de la córte.

Margarita de Austria, que tenia cuatro años menos, era séria y pensativa como si una larga experiencia la hubiera ya enseñado lo que es la vida. En aquella frente tan jóven se descubrian huellas de continuas zozobras del alma, y aquellos ojos melancólicos revelaban pensamientos y pasiones de otra edad mas adelantada; aquella frágil naturaleza se habia dado demasiada prisa á vivir.

La infanta permaneció algun tiempo en aquella disposicion, como si estuviera dominada por una idea fija; escapábase de sus ojos alguna que otra lágrima, y sus pequeñas manos descansaban unidas sobre un tomo de las obras de santa Teresa que tenia abierto sobre las rodillas; cualquiera habria dicho que estaba haciendo oracion. La camarista no se atrevia á interrumpir su silenciosa y profunda meditacion; sus miradas distraidas se dirijian á las aves que se agitaban sobre las ramas del castaño. De repente cojió con viveza el brazo de la infanta, exclamando:

—¡Señora! ¡Dios mio! ¡Señora! ¡Válganos la Virgen del Pilar!

—¿Qué es lo que tienes, Rita? dijo la princesa levantándose con una especie de terror.

—Aquí hay un hombre, respondió la camarista temblando como una azogada, y abrazándose con la princesa. Allí está... allí, debajo de aquel castaño.

—No te asustes, Rita, no tengas miedo, dijo la infanta.

Sus miradas altivas é irritadas se dirijieron al sitio que aquella indicaba, y á poco se fijaron en un caballero, que saliendo de entre los árboles se paró á la distancia de diez pasos, y allí se mantuvo con la cabeza descubierta, y puesta una mano en el pecho. A esta vista perdió Margarita el color, sus rodillas empezaron á temblar, y dijo poniendo la mano en la boca de la camarista que gritaba pidiendo socorro

—¡Cállate, Rita, cállate!

El caballero se acercó poco á poco; su corazon latia con violencia debajo de la Cruz de Calatrava: acercóse en fin, hincó una rodilla en tierra delante de la princesa, pero no pudo hablar.

—Blomberg, dijo echando una mirada inefable de inquietud y alegría á aquel hombre que temblaba prosternado delante de ella; Blomberg, ¿cómo habeis penetrado hasta aquí? ... ¿Porqué habeis venido á este sitio?... ¡Imprudente! ¿Sabeis que os puede costar la vida?

—Lo sé, señora, respondió con voz triste y apagada; mas ¿qué me importa ya el vivir?...

Un ruido de pasos y voces que se acercaban hizo callar repentinamente al caballero. La infanta le alargó una mano que tocó con sus labios, y con la otra le enseñó las frondosas ramas de la adelfa; agarrándose en seguida del brazo de la camarista atónita, salió al encuentro de los que venian en su busca.

Era el aya que venia seguida de muchas damas. Hizo como que se arrojaba á los piés de la infanta, diciendo despavorida:

—Dios me perdone esta distraccion involuntaria. Vuestra Alteza estaba sola.

—Vamos, que la desgracia no es tan grande como piensas, respondió la princesa; además, Rita estaba conmigo...

—Pero ¿y la etiqueta, señora? interrumpió con viveza el aya. ¿No hemos olvidado la etiqueta?... Esta previene que nunca nos separemos del lado de V. A... y volviendo sus pequeños ojos leonados hácia la camarista, añadió;

—¡Qué pálida está doña Isabel! ¡Jesus! ¡Dios mio! me parece que V. A. tambien está turbada... habiamos creido oir voces...

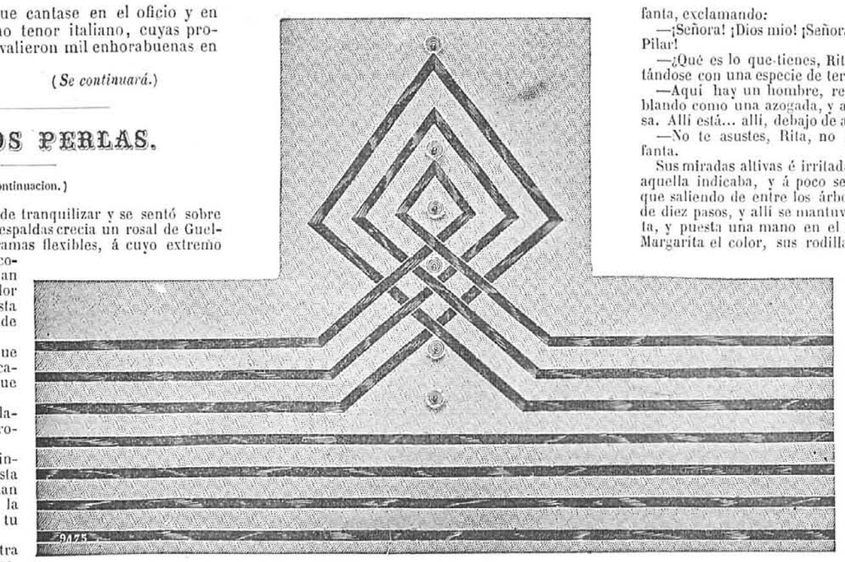
—Una niñada de Rita, dijo friamente la princesa, que ya se habia tranquilizado y héchose dueña de sí misma; se asustó con una abeja que de repente se la puso en el pelo.

La camarista se sacudió sus hermosos cabellos negros y dijo haciendo como que se reia:

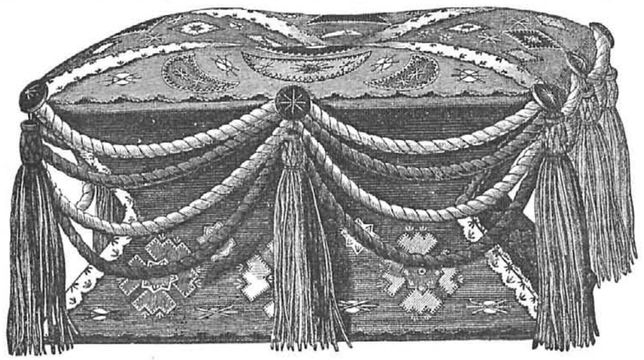
—Sí, me asusté y empecé á gritar como una tonta.

El aya tocó con sus secas manos los sedosos rizos que caian agraciadamente sobre la cara de la jóven, y dijo con severidad.

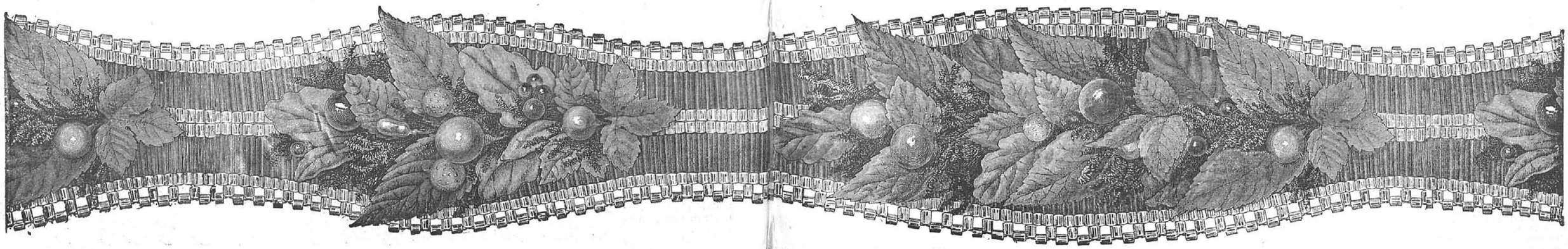
—No hay cosa mas fea ni peor parecida que enseñar de esta manera el pelo. Segun la costumbre establecida



CENEFA PARA TRAGES Y ZAGALEJOS.



TABURETE CHINO.



CORDON DE CAMPANILLA.

© Biblioteca Nacional de España

en tiempo de la reina Ana, cuarta esposa del rey Felipe II, las camaristas deben llevar comunmente la escofieta de terciopelo de color de violeta adornada con pestañas y lazos de plata.

—La escofieta con lazos, dijo entre dientes Rita; así se peinaba mi abuela cuando era camarista de la infanta Doña Maria; y yo no quiero parecerme á un retrato de familia.

—Véngase V. A, á palacio, dijo el aya; el rey ha vuelto ya á sus habitaciones.

—¡Ya! exclamó la princesa, echando en torno suyo una mirada rápida é inquieta.

—Acaban de tocar el *Ave Maria*, señora: el dia de las rogativas es costumbre que las infantas de España vayan á la capilla á rezar las oraciones.

III.

Luego que hubo rezado las oraciones, la infanta se retiró á su alcoba particular. Esta espaciosa y magnifica habitacion tenia mas bien la semejanza de una capilla que la del misterioso asilo en que una jóven se recoje á adormecer sus sueños y fantasías. Las paredes, adornadas con dorados y molduras, estaban llenas de obras maestras de Velazquez y Murillo; riquísimos candelabros adelantaban sus brazos sobrecargados de bugías; de todas partes, parecian salir austeras figuras de mártires y santos cuyas miradas parecian velar sobre aquel santuario. La cama, colocada en un estrado, estaba colgada con un pabellon de terciopelo encarnado, adornado con largas y blancas plumas, y sobre el que estaban bordadas las armas de Castilla; delante habia un sillon y un reclinatorio, el tocador, cubierto con un tapete con franjas doradas y sembrado de flores artificiales, no dejaba de parecerse á un altar; por lo demás no se veian en toda la habitacion mas asientos que algunos cojines: la etiqueta prevenia que nadie pudiera sentarse en el cuarto de la infanta como no fuese en el suelo. Las espesas cortinas que encubrian las ventanas y balcones, que tenian además dobles celosías, mantenian la oscuridad no dejando penetrar un rayo de luz en aquella sala fresca y sombría como una antigua iglesia.

La infanta acababa de echarse á dormir la siesta; Rita, puesta de pié á la cabecera de su cama, movia con lentitud un grande abanico de plumas, en el otro extremo de la habitacion habia algunas damas charlando ó durmiéndose. Un perrito de aguas estaba acostado sobre los almohadones del reclinatorio; de vez en cuando agitaba sus largas lanas blancas, y se movia de un lado para otro gruñendo sordamente: y entonces Rita le imponia silencio dándole un abanicazo, y de paso miraba á las damas de honor, haciéndolas con el dedo señal de que callasen. No tardaron estas en creer que la princesa se habia dormido, pero se engañaban: esta estaba llorando por lo bajo cruzadas las manos y vuelta la cara hácia un crucifijo de marfil colgado á su cabecera. Volvióse repentinamente del lado de la camarista, y haciéndola acercar, la mandó sentar en la orilla de la cama; de esta manera ambas á dos estaban cubiertas bajo los vastos pliegues de la colgadura, y podian hablar sin ser oidas entre los almohadones de raso. Entonces la infanta dijo por lo bajo:

—Rita, no quiero ir á Alemania, te digo que no quiero ir.

La camarista abrió sus grandes ojos negros con un aire inquieto y astuto que no sentaba bien en su risueño rostro.

—¡Ah! sí, Rita mia, continuó la princesa respondiendo á esta muda pregunta, yo te habia ocultado una cosa. ¡Cuántas veces, cuando me preguntabas la causa de mis melancolías, he estado para contarte lo que sucedió durante aquel viaje del Escorial en que tú no me acompañaste! ¡Oh! ¡si tú supieras! pero ¿nos oyen esas damas, Rita?

La camarista echó una mirada rápida por la habitacion é hizo un gesto negativo; en seguida se acercó su cara á la de la princesa hasta sus megillas. Esperaba con asiedad natural que esta la revelase algun gran secreto; mas al principio solo oyó sollozos y gemidos medio sofocados y entremezclados con estas singulares palabras:

—No iré á Alemania, no: antes quiero meterme religiosa en el monasterio de las Huelgas... Allí han muerto tres infantas... ¡Estas bienaventuradas rogarán á Dios por mí.

La jóven duquesa de Sandoval tenia una de esas buenas almas que desde luego toman parte en las penas de los demás. Así es que se echó á llorar tambien y á besar las manos de la infanta, diciendo:

—¡Dios mio! ¿Qué es esto, señora? Vuestra Alteza se vá á poner mala de sentimiento.

Y recordando despues en su imaginacion el suceso de aquella mañana, y aquella misteriosa explosion de lágrimas y resoluciones tan singulares, añadió no atreviéndose á hacer la menor pregunta:

—Vuestra Alteza se asustó tanto á la vista de aquel caballero...

Levantóse la infanta, juntó las manos con angustia y dijo con voz dolorida:

—¡Y allí está todavía! ¡qué haremos, Dios de mi vida, qué harémos! ¡Su vida corre peligro, Rita, y es menester salvarle; es menester salvarle! Pero ¿rómo le salvaremos?

—¡Ah! yo no lo sé, respondió la camarista enteramente desconcertada. En todas las puertas hay centinelas, y en cuanto á saltar por las tapias del jardin, como su ángel de la gúarda no le preste sus alas...

—¿Crees tú que es imposible? pero mira, Rita, los hombres se escapan de la mas estrecha cárcel y logran burlar la vigilancia del mas cuidadoso carcelero. De la torre de Segovia se han evadido muchos prisioneros de estado y...

—La entrada de palacio está mejor custodiada que la puerta de una cárcel, observó ingenuamente la camarista. En los libros que he leido, hay muchos ejemplos de caballeros que se han escapado de su cautividad; pero no estaban encerrados en jardines rodeados de tan altos muros. Además tenian cuerdas, escalas de seda, pasaban por encima de los balcones...

—Rita, interrumpió la infanta, con dinero, con mucho dinero, ¿no será fácil ganar algun criado de escalera abajo? Blomberg podria salir sin ser conocido disfrazándose con su librea.

—¡Blomberg! repitió la camarista como si buscase en su memoria algun parentesco español á aquel nombre extranjero; pero no se acordó de que perteneciese á la grandeza ni de cerca ni de lejos.

—¿No habrá un hombre de quien podamos fiarnos? continuó la princesa. ¿No conoces á nadie, Rita?

—Señora, yo no... A no ser que Perico... Es un negro que sirve en el cuarto de V. A.: esta mañana llevaba el cojin de la señora aya. Yo le he hablado una vez.

—Pues bien, es menester que le ganes; le darás mil, dos mil doblones, y le harás jurar por su bautismo que guarde este secreto aun en la confesion: él buscará á Blomberg, le pondrá su casacon galoneado, su sombrero de librea, y esta noche, esta noche misma...

—¿Y no podria hablar mejor á algun criado aleman? dijo la camarista con intencion. Ese caballero es aleman.

—No, no, interrumpió con viveza la princesa; todos ellos son hechuras del P. Nitardho; ¡y Dios nos libre de que llegue á saber nada de esto! Blomberg es pariente suyo y muy cercano.

—Pues entonces, ¿qué es lo que teme V. A? repuso Rita, que cada vez estaba mas confusa.

—¡Ah! Rita, el P. Nitardho es un ambicioso.

—Pero mira mucho por los intereses del emperador, y desea ardientemente el casamiento de V. A.

—¡Pobre Rita mia! dijo tristemente la princesa; no tanto como crees; sábete que á la menor sospecha que tuviera de lo que ha pasado, no titubearia en sacrificar á Blomberg para justificarse á sí propio. Tú eres demasiado sencilla y demasiado cándida para ver el fondo de estos grandes manejos politicos, á cuyo buen éxito lo sacrifica todo un hombre ambicioso, todo, hasta los lazos de la sangre y sus mas caras inclinaciones. ¡Oh! ¡cuántas desgracias veo amontonarse sobre mi cabeza! Pero sálvese Blomberg, y yo sabré despues hacer mi voluntad. No lo dudes, Rita... Me quedaré en España.

—El rey está tan endeble y tan enfermizo, observó la camarista dando un suspiro que no era melancólico.

—¡Sí, reina, reina de España! dijo la infanta cuyos ojos se animaron en aquel momento. ¡Hermano mio! ¡Pobre niño! ¡Dios te conceda una larga vida! ¡Pero si llegase á morir!... Mira, Rita, mi hermana de Francia ya en su herencia. Pero te prometo que imitaré el ejemplo de la reina Isabel, sosteniendo mi derecho á la cabeza de mis vasallos, y la corona de España no pasará á las sienes de un francés.

—Dios y el testamento del difunto rey impedirán tal cosa, dijo la camarista con gravedad.

—¡Si yo fuese reina! interrumpió la infanta conmovida. ¡Si yo fuese reina! Mira, Rita, nunca me olvidaré de los que me han amado y servido con tanto celo. El corazon de los soberanos debe tener buena memoria, y tiene que ser fiel á amigos y enemigos.

En este momento se oyó debajo de las ventanas un ruido de pasos y voces que venian de los jardines. La infanta perdió el color y apretó el brazo de Rita; ambas se pusieron á escuchar un momento, pero el ruido pasó.

—¿Qué es eso? preguntó la camarista sacando la cabeza con precaucion fuera de las cortinas; esas gentes que acaban de pasar han estado á pique de despertar á S. A.

—Es el infante Don Juan de Austria que se dirije al cuarto de la reina, respondió una dama en voz baja.

—¡Cómo! ¿Y entra por los jardines?

—Segun la costumbre, tenia que haber entrado por la galeria principal; pero habiéndose orijinado un altercado sobre la preferencia, el príncipe ha entrado en palacio por los jardines para no quebrantar el ceremonial.

La camarista volvió á meterse debajo de las cortinas, y se sonrió con un aire de satisfaccion.

—¡Qué suplicio! dijo la infanta; ¡si le hubieran visto!... Rita, es menester tomar un partido... ¡Cómo te vas á componer?

Rita se levantó.

—Voy, dijo, á introducirme en la primera sala, y desde allí buscaré algun medio de hablar á Perico; le daré una gran suma de dinero.

—Cuanto te pida, Rita; págale bien su discrecion, y que yo pueda contar con ella.

—Sí, señora, dándole dinero, muchísimo dinero, se entregará á nosotros en cuerpo y alma; voy á buscarle, el tiempo urge...

Interrumpióse en esto repentinamente, metió sus manos en los anchos bolsillos de su basquiña, los sacudió con un aire de consternacion, y despues de un momento de silencio, dijo:

—Pero, señora, yo no tengo un maravedí, ni tampoco V. A.

Levantóse con viveza la infanta, y exclamó:

—¡Qué es lo que dices! ¿Y el bolsillo de mis limosnas, y el dinero con que se pagan mis vestidos y mis joyas?... ¿No tengo señalada una cantidad para mis gastos particulares?....

—La señora aya guarda siempre, como sabeis, la llave del arca de vuestro tesoro, ni V. A. ni yo hemos manejado nunca un doblon...

La princesa se tapó la cara con las manos diciendo con amargura.

—Tienes razon. En medio del soberano poder que me rodea, estoy siempre en una pobreza completa y en una dependencia continua... Mi mano distribuye tesoros, en derredor de mi se agolpan gentes que me hablan de rodillas, y ni siquiera puedo disponer de un maravedí, y tengo que sufrir el yugo de la ley de todos los respetos con que me abruman... Te lo juro, Rita, todo esto cambiará, si algun dia...

Interrumpióse en este momento, llevó las manos á su cabeza, y desatando las dos perlas que sujetaban detrás de la oreja los dorados rizos de sus cabellos, se las dió á la camarista diciendo:

—Esto valdrá algo mas que los doscientos doblones. Vete á buscar á Perico, y dile que soy yo, yo la infanta, la que paga de esta manera su discrecion...

—¡Virgen santa! ¿Y se ha de desprender V. A. de tan ricas joyas? Yo he oido decir que estas perlas eran de muchísimo precio...

(*Se continuará.*)

LA CUNA VACIA.

I.

Bajaron los ángeles,
cerraron sus ojos
y cantando á su oido dijeron:
«vente con nosotros.»

Vió el niño á los ángeles
de su cuna en torno
y ajitando las manos les dijo:
«me voy con vosotros.»

Batieron los ángeles
sus alas de oro,
suspendieron al niño en sus brazos
y se fueron todos.

II.

De la aurora pálida
la luz fujitiva,
alumbró á la mañana siguiente
su cuna vacia.

José SELGAS.

NO LO SE.

Contestacion á una linda señorita que me preguntó qué era un poeta?

¿Porqué estás triste, dímelo, hermosa?
¿Porqué suspiras con frenesí?
¿Buscas un alma, niña graciosa?
Yo tengo un alma y es para tí.

Mi alma sensible guarda un tesoro,
Y es pura y noble por alto don;
Yo soy poeta que canto y lloro,
Y á Dios le debo mi inspiracion.

Si es que has perdido las ilusiones
Y has conocido la ingratitud;
Ven á mi lado y en mis canciones
Oirás las glorias de la virtud.

Tú tienes padre, yo perdí el mio.
¿Un padre tienes y triste estás?
Tú no comprendes el duelo impio
Del que le llora sin verlo mas.

Tú eres hermosa y eres discreta,
Y Dios contigo pródigo fué,
Me has preguntado *¿qué es un poeta?*...
Voy á probarte que no lo sé.

Algunos dicen que es ángel bello
Que marcha ufano del bien en pos,
Y afirman otros que es un destello
De la corona del sumo Dios.

Unos le llaman hombre de ingenio,
Y dicen muchos que es inmortal,
Otros que aplauden le dicen *genio:*
Y *los que escriben lo quieren mal.*

Uno le llama *planta maldita*
Y á ese maldita me opongo yo:
¿Será maldito quien necesita
Vivir muriendo y amando? ¡No!

Los ignorantes le llaman loco
Y él bendiciendo la humanidad,
Vé que teniendo su *genio* en poco
Lo martiriza la sociedad.

© Biblioteca Nacional de España

Tú eres hermosa y eres discreta,
Y Dios contigo pródigo fué;
Me has preguntado *qué es un poeta?*
Y te he probado que no lo sé.

Sé que suspiro, que por tí lloro,
Sé que luchando con mi pesar,
Vivo muriendo porque te adoro.
Niña! ¿tú sabes lo que es amar?

Si tú supieras cuánto se llora,
Si tú supieras lo que es amor,
Piedad tuvieras de quien te adora,
Piedad tuvieras de mi dolor.

Mi alma está triste, no sé qué quiere;
¿Porqué, Dios santo, te conocí?
Soy como el cisne que canta y muere;
Canto muriendo mi amor por tí.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

EL HOMICIDA.

EPISODIO HISTORICO.

I.

LOS ESPONSALES.

Magníficos aprestos se disponian en el castillo de Stalchid: multitud de lacayos discurrian por sus espléndidos salones, decorando las lujosas piezas del edificio: recamados tapices cubrian el pavimento: cortinages de brocado sombreaban las ogivas ventanas: girándulas de banderillas con vistosas flores pendian festoneando las esbeltas columnas: frescas y odoríficas plantas embellecian las galerías y retretes: suntuosos candelabros de bronce y oro estaban dispuestos á derramar Océanos de luz por todo aquel recinto, mientras infinitos pebeteros de jaspe esparcian profusamente delicadas aromas por todos los ámbitos del espacioso castillo.

El Baron Astolfo de Mainhien-Stalchid, casaba su única hija con el noble conde Poniatouski, y aquella noche se firmaban los contratos.

El ilustre Baron, vástago de una influyente familia entre las potestades del Austria, poseedor de vastos dominios en la córte de Viena: y dueño de inmensas riquezas, gozó en otro tiempo del favor del príncipe reinante.

Una cadena no interrumpida de honras y placeres, habian sido los fujitivos años de su juventud: rival en amores del mismo soberano, y mas amado que él, unió su destino al de la bellísima Dorliska, encanto de la nobleza Austriaca.

Por de contado, esta union desagradó al príncipe, y antes de sentir su dasagrado, hizo el Baron dimision de sus cargos en la córte y retiróse á vivir ébrio de amor, con su jóven esposa al castillo de Stalchid, magnífica posesion de su familia, á pocas leguas de la capital, á orillas del Rhin.

La naturaleza habia derramado á manos llenas sus dones, sobre el ilustre Baron que por otra parte, no era indigno del favor de la fortuna. De noble y simpática fisonomía, anunciaba su exterior su aristocrático orígen, guardando en su pecho un corazon amante, compasivo y recto.

Saciado ya, digámoslo así, de los placeres y fáciles conquistas de la córte, al verse dueño del tierno corazon de una mujer codiciada de toda la nobleza germánica, renunció sin sentimiento al favor y á los honores, y voló á ocultar su tesoro en las fértiles márgenes del Rhin.

La fortuna, esa caprichosa deidad que suele burlar la ansiosa espectativa de los hombres, le siguió tambien á su retiro. La caza, la pesca, el estudio, dividian los cortos momentos que no consagraba al cuidado y regalo de su esposa, la que tan amante como compasiva, empleaba sus ocios en frecuentes actos de una modesta y bien entendida caridad.

Dos hijas, fueron las prendas de amor en este matrimonio tan bien avenido. Hasta aquí, nada tuvo el Baron que pedirle á su buena estrella... despues, él tambien hubo de pagar su ámplio tributo al infortunio!

El bien y el mal, son gérmenes de vida y muerte! ámbos son indispensables en el ascendente y decadente órden establecido por omnipotente mano para el equilibrio de la humanidad.

Hoy llora el que ayer reia: rara vez rie el que halló por primer lote el sufrimiento: no importa! la locomotora marcha del destino no se detiene; el órden moral no se interrumpe; alternan las vicisitudes entre los hombres, pero la misteriosa máquina jira á impulso de la voluntad suprema, cayendo unos, mientras los otros se levantan, segun la indispensable evolucion que restablece la armonía.

El Baron Astolfo, sometido como todos á la ley universal, vió finar sus alegrías, é inclinó su frente ante la imponente llamada de la adversidad.

La muerte arrebató á su esposa, ocho años despues de su matrimonio, contando aun pocos meses su segunda hija, nacida seis años despues de la primera. El dolor del Baron fué agudo y profundo: lágrimas continuas anublaron sus ojos, sin que la vista de sus hijas consiguiese distraer su pesar: mas como quiera, que el corazon que sufre, deja solo escapar las gotas amargas que no caben en él, y abarca con avidez la angustia que rebosa poco á poco; el triste Astolfo, aceptó su dolor como lo acepta un alma grande y cristiana, y salvo la incisiva huella impresa en su frente, que revelaba la existencia de su padecer, su semblante mostróse sereno, y sus labios hallaron una sonrisa, con que agasajar á sus tiernas hijas. La mayor de ellas Etelvina, era una hermosa niña modelada por las Gracias, cuyo atractivo carece de explicacion, porque reside en el conjunto, y no en reguladas formas: su acariciadora mirada cautivaba la voluntad del que la veia: pura é ingenua criatura! contados estaban sus dias en la página negra del libro del destino! Sentencia fatal de la que no se apela pasaba sobre aquella frágil existencia, que se deslizaba entre los brazos paternales. Quién habia de advertir la fatídica cifra de la fatalidad, sobre aquellos labios purpurinos! quién al verla juguetona y alegre triscar por las anchas avenidas del castillo, sospechara su funesto sino! Aparta, aparta, fatídica y negra sombra que envuelves la vida humana! deja que el hombre mida en su audacia las fuerzas del enemigo que tiene que vencer! por qué no ha de preveer su destino? por qué no ha de poder apartar de su camino los escollos que obstruyen la senda que ha de seguir? Ay! no, no! de qué le sirve al náufrago mirar la ola que lo sepulta! La vida es un destierro. La pátria está en el Cielo, ha dicho un sabio. La razon humana se muestra mas lúcida, mientras mas sumisa. La arena del desierto, no murmura contra los torbellinos que la levantan!

Etelvina cumplió diez y siete años, y aun brillaba en sus megillas la infantil pureza, animando sus azules ojos la alegría de la primera edad. Acostumbrada á correr libremente por los verdes prados del castillo, alejábase algunas veces sin temor, ya con alguna jóven de su edad, ya sola, sin que el miedo hubiese jamás hecho palpitar su pecho: llegó un dia en que el ruido de voces extrañas, llegó á sus oidos, y mas curiosa que prudente, abrióse paso entre las malezas del bosque para distinguir á los que pasaban costeando su castillo. Apoyóse sobresaltada contra un árbol, porque uno de los varios hombres que se alejaban á caballo, fijó en ella una mirada tan ardiente y fascinadora, que la trémula Etelvina bajó sus ojos, dominada por el fuego de aquellas fulminantes pupilas: mientras pasaba el desconocido, quedó como encadenada en su puesto: mas apenas roto el encanto de aquel violento magnetismo huyó despavorida, y no paró hasta refugiarse en los brazos de su padre. Interrogóla este, alarmado por su palidez, y conocida la causa de su espanto, trató de averiguar la procedencia de aquellos extranjeros: inútiles fueron sus investigaciones, y solo pasados algunas semanas, le informaron sus emisarios de que algunos colonos aseguraban que una partida de forágidos se habia por dos veces presentado en aquellas cercanías, cometiendo algunos desmanes en el país. Los criados y guardas del castillo salieron á la descubierta, pero vanas fueron sus pesquisas.

Estremeciase Etelvina recordando la audaz mirada del desconocido, y no consiguiendo su padre disipar su aprension, determinó llevarla á Viena para distraerla, y asimismo para hacer conocer en la córte á la bella y opulenta primogénita de la ilustre casa de Mainhien. Una lucida escolta acompañó al Baron y á su hija en su viaje, precaucion que el buen Astolfo creyó indispensable, por disipar los temores de la sensible Etelvina, en el corto trayecto que los separaba de la capital; habian adelantado la mitad, sin que el menor accidente sobresaltase á la temblorosa Etelvina, cuando esta, al hacer galopar tras de un repecho á su ágil cabalgadura, soltó nerviosamente las riendas sobre el cuello del noble animal, á riesgo de ser despedida de la silla: habia distinguido entre las endebles ramas de una maleza, dos ojos, cual negros carbunclos, cuya intensa mirada, la causó un extremecimiento ya conocido por ella de antemano. Detúvose el Baron al oir el sofocado grito de su hija, é inquieto por su palidez, y por el obstinado silencio que oponia á sus preguntas, hizo destacar algunos de sus guardas bien armados, para reconocer el paraje en que se fijaba con terror la vista de la jóven: nada hallaron los criados que comprobase la existencia de ningun visitante en aquel sitio: en la tierra no se notaba huella ninguna de pié humano, ni de animal: dieron cuenta de su inútil pesquisa, y púsose de nuevo en marcha la comitiva, no sin que Astolfo desplorase el alarmante estado del ánimo de su hija, toda vez que no hallando causa lejítima á su sobresalto, la creyó enferma moralmente.

Apresurábase el buen padre por llegar á la córte, bien persuadido que las distracciones devolverian á su Etelvina su habitual serenidad. Llegaron en efecto sin contratiempo alguno.

Un antiguo compañero de armas del Baron, Podestá de uno de los distritos imperiales, alojó en su palacio á los transeuntes, y nada omitió aquella familia para hacer agradable á sus ilustres huéspedes su estancia en la capital.

Presentada Etelvina en los aristocráticos círculos de aquella elevada grandeza, objeto de pasion para unas y de rivalidad para otras, congratulóse bien pronto nuestra jóven con los homenajes que la tributaban, reemplazando sus frescos y sonrosados colores, la mate palidez que marchitó sus megillas. El apasionado padre, gozaba envanecido, en el culto que ofrecian á su hija: y mas que todo, en la tácita pasion que advirtió hácia ella, en el único hijo del amigo de sus primeros años. Era este un jóven de grandes esperanzas: de noble fisonomía, y de un carácter tímido y reservado con el bello sexo: acompañaba de continuo á Etelvina en las escursiones que con frecuencia hacia por las cercanías de la imperial ciudad, como tambien en los saraos y festines: espectador de los triunfos de aquella encantadora jóven, concibió por ella una pasion inextinguible: la inexperta doncella, apenas sí notaba el natural efecto de sus gracias.

Brillante concurrencia llenaba una noche el espléndido salon del Podestá, que solícito en agasajar á su hermosa huéspeda tenia con frecuencia recepcion en su palacio. Era la hora en que la música de Bethowen absorbia la imaginacion de aquella escojida sociedad.

Un caballero de sueltas y distinguidas maneras ocupaba el asiento del piano, y las teclas gemian deliciosamente, bajo sus diestros y afilados dedos: la respiracion de los oyentes estaba como suspendida á impulso del mágico poder del *dilettanti*, tan delicada armonía, afectaba visiblemente á la jóven Etelvina, que dominada por la precision de aquellas notas, contestaba distraida á las tímidas preguntas de Adrian, hijo del Podestá. La música cesó de repente, y los oyentes, bruscamente sacados de su éxtasis, prorumpieron en estrepitosos bravos! Levantóse el caballero objeto de aquella ovacion, y haciendo un elegante saludo, fijó sus negros ojos en la pasmada Etelvina: un temblor nervioso conmovió su ser: temblaron las rodillas de la jóven, y pálida y sin fuerzas, cayó en la silla que habia dejado hacia un instante, sin poder darse cuenta de lo que experimentaba. Aquella audaz y profunda mirada, era la tercera vez que trastornaba sus sentidos: verdad es que la presente emocion, diferia en cierto modo de las que sentia en anteriores ocasiones. La vez primera, en el parque de su castillo, experimentó un terror indescribible. Luego, en mitad del camino, la fijeza de aquellos ojos la causaron un súbito malestar: ahora sintió cubrirse de rubor sus megillas, y latir con violencia su corazon. Acercóse á ella aquel misterioso personaje, como á persona ya conocida, é informóse de su salud, con la mas exquisita galantería: avergonzada la jóven de su incalificable debilidad, trató de dominarse, y contestó con entereza y urbanidad, mas en vano procuró oponer la indiferencia á la magnética mirada que la perseguia: el jóven Adrian, no sabiendo á qué atenerse respecto á los sentimientos de Etelvina, tomó el partido de alejarse algun tanto, para observar su conducta. Inquieto el Baron por el estado febril de su hija, la propuso retirarse, lo que aceptó con afan: siguióla hasta el vestíbulo del palacio, la ardiente mirada que habia fascinado á la infeliz Etelvina la que apenas en su estancia, dejó correr sus contenidas lágrimas: vanas fueron las instancias del atónito Baron para hacerla revelar la causa de aquella angustia! dió por excusa un quebranto en su salud, y retiróse á descansar. Ay! el espíritu agitado, dispone de la materia, y esta, clama inútilmente por reponer sus perdidas fuerzas cuando la imaginacion extralimita sus funciones!

El sueño desertó á la jóven aquella larga noche, sin permitirle descanso: aquella mirada profunda, abrasadora, la perseguia sin tregua: antes, sin terror, habia convertido en bandido al que la miró con tanta audacia: ahora, que tenia que modificar su juicio, la mirada era la misma: pero qué habia de comun entre un forágido y el elegante diplomático, que arrancaba del instrumento las sublimes melodías que aun vibraban en su oido? Es verdad, que aquellos ojos, semejantes á los otros, irradiaban un funesto resplandor: pero aquel cumplido caballero, habia usado frases llenas de galantería, y una expresion de indefinible ternura, modificó su mirada cuando la vió partir.

La infeliz Etelvina, consultaba temblando su latente corazon, y extremecíase creyendo que este guardaba la imágen de aquel desconocido: entonces, queria buscar refugio contra aquella calamidad, en el cariño de su padre, en el amor tranquilo de Adrian... finalmente: queria alejarse de aquellos parajes: queria huir de aquel hombre; pero dónde!

Desde aquella noche desaparecieron de nuevo los frescos colores de las megillas de la jóven, inquietándose otra vez el Baron por aquel inconcebible malestar. Inevitables son tal vez los fallos del destino: mas esa tácita alarma con que el corazon sabe á veces sublevar nuestros sentidos, lleva el carácter de un certero presentimiento. Forzoso le fué á Etelvina dominar sus sensaciones, no siéndole fácil dar una explicacion convincente, que justificase sus temores.

Una noche, en que la jóven ya vestida esperaba á su padre para dirijirse al teatro Imperial para ver la representacion de una ópera nueva, recibió por mano desconocida un magnífico ramillete de camelias y jacintos, colocado en un exquisito porta-buquet de filigrana: de quién vendria? Tan delicada ofrenda, no suele desairarla ninguna mujer: además, tambien podria ser de Adrian: examinaba atenta Etelvina aquellas flores, y no tardó en descubrir entre sus tallos un doblegado billete: dudó en abrirlo, su mano tembló, y su corazon latió con violencia: abriólo en fin: así decia.

—«Señorita, al leer estas líneas, me habreis adivinado: «qué os importa mi nombre? si el amor iguala las distan«cias, nadie os merece mas que yo: jamás una pasion «como la que me inspirais, ha sido sentida en pecho hu«mano: mis ojos os lo han dicho: la vida, deja de ser «un bien para quien ama como yo, si no es correspon«dido. Sé que hay quien me dispute vuestro corazon ¡in«feliz! nada hay en el mundo capaz de hacerme renun«ciar á la única felicidad que ambiciono; ¡tambien abrigo «la certeza de que sereis mia ó de la tumba! mi pasion «es demasiado grande para no aniquilar cuanto se opon«ga al único bien que he pedido á la fortuna: os amo, «mas allá de toda ponderacion... tanto amor, ha de re«portaros alguna ventura: de rodillas os imploro! apia«daos de mí! apiadaos de mí; de vos! dadme una esperan«za! dadme la vida, que detestaré si no la aceptais: si «no desechais la ofrenda de una pasion desmedida, si te«neis en algo la existencia de un hombre, la vuestra qui«zá, dejad caer desde vuestro palco una de esas camelias;

© Biblioteca Nacional de España

«bástame por ahora ese signo de asentimiento y mi vida «os pertenecerá.»

Difícil será explicar el efecto que produjo en la hija del Baron el contenido de aquel extraño billete: el papel cayó de sus manos, y exánime y ajitada como si aquella infernal mirada la persiguiese, comprendió que su porvenir era presa de un fatídico poder: no deseaba saber el nombre del desconocido: su mirada fatal estaba allí: aquel escrito rebosando amor, amenaza y poder la anonadaba: un temor supersticioso le decia que aventuraba la seguridad de su padre si lo mezclaba en aquel asunto: pero entre ella y aquel hombre terrible, era preciso oponer un obstáculo invencible: si alguna vez la idea de ser amada con frenesí dulcificó sus emociones, pronto el terror embargaba sus sentidos, y decidióse á no dar por su parte el menor pábulo á aquella llama que amenazaba devorarla.

So pretesto de una súbita indisposicion, dejó aquella noche de asistir á la ópera, y en adelante trató de vivir lo mas aislada que le fuese posible. Transcurridos algunos dias en la mayor tranquilidad, presentóse el Baron una mañana á su hija con semblante mas alegre de lo que acostumbraba.

ANGELA MAZZINI.

(*Se continuará.*)

PUBLICACIONES NUEVAS.

ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO ESPAÑOL PARA 1864. POR D. MANUEL TORRIJOS.

No ha mucho que un almanaque se reducia á lo estrictamente necesario para el uso comun del año. Despues se fué sin embargo complicando poco á poco, hasta formar primero un cuaderno pequeño, y luego hasta hacerse, no ya un cuaderno, sino un librito de racionales dimensiones.

Pero no fué esto todo: cada arte, cada ciencia, cada círculo social tuvo su almanaque propio, procurando cada uno hacer el suyo mas interesante, mas ameno. Los franceses, con su natural tendencia á escribir de todo, á darle á todo las formas mas atractivas, dieron el ejemplo, y de allí los almanaques brotaron y se extendieron por la Europa entera, imitando en eso á Francia, como en otras muchas cosas, los demás paises.

De aquí nació ese prodigioso número de almanaques que se publican en España siguiendo aquel tipo, y entre ellos nació tambien el Almanaque Enciclopédico, que en su segundo año acaba de salir á luz en Madrid, redactado por nuestro amigo D. Manuel Torrijos, persona muy competente en asuntos de letras, y por lo mismo muy apta para llevar á cabo la empresa que acometió. El éxito del primer ensayo que hizo en este género el año anterior, debió ser muy suficiente á animarlo para lo succesivo, y su almanaque relativo al corriente año de 1864 es ya todo un libro, rico en noticias de interés general, vário en los objetos que abraza, y escrito de modo que sea al par una obra de agradable solaz y de útil pasatiempo.

Este libro está dividido en varias séries, ó sean almanaques distintos, principiando por el *del cristiano*.

Despues de un erudito artículo acerca del orígen é historia de los calendarios, almanaques, etc., se ocupa de los templos, del orígen de algunas ceremonias, nos reseña brevemente las procesiones de Semana Santa en Madrid, y despues de otras varias noticias á cual mas curiosas, nos describe el magnífico monumento de la catedral de Sevilla, obra portentosa del arte.

Viene en pos de este el *Almanaque de las familias*, que en su mayor parte comprende un gran número de recetas de uso doméstico, todas ellas de interés, y todas de fácil aplicacion. En seguida de ellas se hace una reseña de las principales carreras que pueden seguir los jóvenes, con expresion de los cursos de que constan, estudios preparatorios y demás, concluyendo esta seccion con una noticia de los establecimientos de aguas minerales de España.

Despues del *Almanaque de la córte*, cuyo interés mas especial se limita como ya puede suponerse, á Madrid, se nos presenta el *Almanaque del bufete*, que comienza por un abundante recetario de tintas, de lacres y de secretos relativos al modo de limpiar y desengrasar libros y papeles, y continúa dando noticias de las disposiciones reglamentarias que se refieren al uso del papel sellado, servicio de correos, despachos telegráficos, etc.

No contiene menos importantes noticias el *Almanaque del labrador*; pero omitiremos el dar mas estensa idea de esta seccion, tan varia como nutrida, para poder decir algo mas del *Almanaque del tocador*, el cual, segun se comprende, ha de despertar harto mas el interés de las habituales lectoras de *La Moda Elegante*.

Principia este Almanaque tratando extensamente de los peinados, y dando la explicacion minuciosa del modo de ordenar y confingir aquellos que hoy están mas en favor, ya sea para adorno de las señoras, ya de las señoritas jóvenes. Fácilmente se comprende que aquí ha de tener lugar la descripcion de todos esos medios accesorios que acaban de inventarse en París, bien sea para suplir la falta del necesario cabello, bien sea para dar á este la preparacion conveniente, como por ejemplo, los mechones de soldadura y las horquillas ondulatrices. Las rosetas de cosméticos vienen despues, y á fe en abundancia.

Vária en extremo es la seccion que con el nombre de *Almanaque de los niños* ocupa su lugar despues de la anterior en el libro del Sr. Torrijos. Aquí ya da á sus lectores caractéres para conocer á los fátuos, ya les inserta una fabulilla, ya les compila máximas morales, ya los entretiene con algun cuento histórico, ya les da útiles consejos para vivir en el mundo, y ya en fin les propone geroglifi. ficos que acertar. Esta parte ofrece aliciente sumo, no solo para niños sino tambien, y acaso harto mas que para aquellos, para personas que tengan ya su razon formada y ejercitado su juicio.

Como ya se comprende lo que podrá ser el *Almanaque del cocinero repostero*, etc., no tenemos por necesario el dar una idea de lo que contiene, sin que por eso pongamos en duda la importancia que esta seccion tendrá para muchas personas.

No son estas solas las clases que tienen su almanaque correspondiente en el extenso libro del Sr. Torrijos. Hay en él el *Almanaque del viajero* y el del *comerciante*, además de los cuales nos da el *Almanaque de la risa*, que cumple muy bien con su título, el *Almanaque político*, y finalmente el *científico y literario*. De este último diremos algo por via de muestra.

Una de las cosas que mas prueban el portentoso desarrollo que en nuestro siglo ha alcanzado la emision del pensamiento, es precisamente el número de periódi cos que se publican y la maravillosa cantidad de ejemplares que de ellos se tiran. Como ejemplo de esto leemos en la correspondiente seccion del *Almanaque enciclopédico* una noticia referente á la imprenta del diario inglés *El Times*, que es en efecto el coloso de los diarios, y el que tiene mayor número de suscriciones dentro y fuera de aquel país. De esta noticia resulta lo siguiente:

La máquina vertical para imprimir el periódico, que se estableció en 1828, tira diez mil ejemplares por hora.

Posteriormente la administracion ha adquirido otra máquina de cilindros horizontales, que imprime á un tiempo ocho ejemplares, y despacha doce mil y quinientos por hora.

El periódico hace dos ediciones al dia y á veces tres.

Imposible parece que tanto se lea; porque es menester considerar que *El Times* es un periódico no mas entre la multitud de los que se publican solo en Lóndres. Agréguense á estos los muchísimos que diariamente salen á luz en el resto de Europa y en América, y habrá bien de que admirarse.

Pues bien, este progresivo aumento en las publicaciones periódicas explica el que los almanaques sean ya hoy lo que son; esto es, unos verdaderos libros, que agradan y que se leen, y que por consiguiente se venden, como debemos suponer que le acontece al del Sr. Torrijos; porque lo merece en efecto por la variedad de los objetos que abraza, por lo curioso de sus noticias, por lo útil de los datos que contiene, y porque está escrito de la manera que sabe escribir nuestro estimable amigo, al que deseamos larga prosperidad.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

N.os 1. y 2.—PEINADO CON CASTAÑA A ONDAS Y FLOTANTE. Se hacen ondular, por medio de horquillas ondulatrices, los cabellos de encima, y con los de debajo se forman dos trenzas en tres junto al cuello; si el cabello no es muy abundante, se aumenta el volúmen de las trenzas con mechones gemelos; se pone en seguida un crepé de castaña encima de las trenzas, y se le cubre con el cabello á ondas; el de delante se peina casi á la china y se ahueca. Se traen adelante las trenzas, y se coloca el pájaro y las flores sueltas.

N.º 3.— PEINADO DE LA EMPERATRIZ LÍVIA. Se hace con los mechones de soldadura, ó con los mechones gemelos; si no se quiere cortar el cabello de delante, será necesario proporcionarse rizos postizos. Las trenzas forman la castaña y la graciosa diadema que rodea los bucles de delante.

N.os 4. y 5.—PEINADO MARÍA ANTONIETA. La castaña es á ondas; el cabello de delante se levanta y se sostiene por medio de un cojinete formado por una trenza muy pequeña, enrollada sobre sí misma, y que sirve para asegurar el crepé, sobre el cual se levanta el cabello, fuertemente encrespado. En un lado se pone una flor de *cactus*, y algunos diamantes tanto sobre la castaña como sobre la parte anterior del peinado.

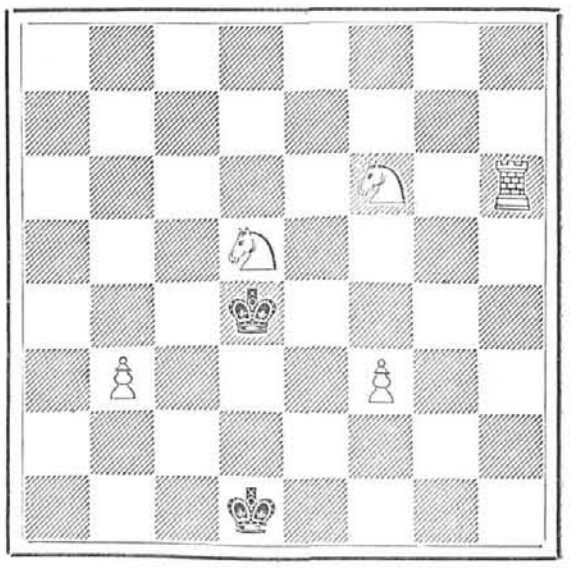
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 15.

	BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª	Cab. de 3.ª Rey á 4.ª Cab. R. jaque.	Rey 4.ª R. (la mejor).
2.ª	T. 7.ª de R.ª	R. 4.ª AR.ª ó (A) (B)
3.ª	C. de 4.ª R.ª á 6.ª R. Jaque doble descubierto.	Rey juega.
4.ª	C. mate, bien en 4.ª A.R. ó bien en 7.ª AR.ª	
(A)		
2.ª	.....	A. cas.ª AR.ª
3.ª	Cab. de 4.ª R.ª á 6.ª AR.ª	A. quita T.
4.ª	Cab. de 4.ª CR. á 6.ª AR. jaque mate.	
(B)		
3.ª	.....	A. 3.ª TR.ª
3.ª	Cab. de 4.ª R.ª á 6.ª AR.ª	A. quita Peon.
4.ª	Cab. de 6.ª AR.ª á 7.ª R. jaque mate.	

PROBLEMA N.º I, POR D. FRANCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Tres cosas echan de su casa al hombre, el humo, la gotera y la mujer picotera.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Levoy Imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

Nº 15.

© Biblioteca Nacional de España